

DISCURSO
DEL
EXCMO. SR. DR.
D. JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

Soluciones Gráficas Chile, S. L. L.
C/. Chile, 27
Tel. 91 359 57 55
28016 MADRID
info@graficaschile.es

Excmo. Sr. Presidente
Excmas. Sras. y Sres. Académicos
Sras. y Sres.

Al término de una de una dilatada carrera académica es frecuente, por lo común, que el límpido sentimiento de la gratitud se haya expresado en varias ocasiones. Bien –lo que no es, desde luego, el caso presente– que si este se hubiere ya casi agotado, coyunturas como la actual harían que se acudiese a sus últimas reservas para manifestar el hondo impacto que en alguien ya adentrado en el camino de la senectud no puede por menos de provocar vuestra desbordada generosidad para designarlo y acogerlo en una Institución tan acendrada ya, pese a su aún relativamente corta biografía en el terreno temporal, pero larga en el científico, el único patrón para juzgar la andadura de las corporaciones de su índole y finalidad. De ahí, pues, que nuestro agradecimiento sea todo lo profundo que resulta dable a una persona para la que el reconocimiento es piedra angular en orden a definir cualquier actividad o comportamiento individual y colectivo. En la visión conservadora y liberal que encuadra su existencia desde la ya muy lejana mocedad, el pensamiento de deuda permanente al esfuerzo y patriotismo de las generaciones que nos precedieron en la construcción de nuestro grande y señorial país, se despliega como clave absoluta y axial. Por consiguiente, soy hartamente consciente de que sin la benevolencia de cuantos de Uds., en una tarde inaugural del verano más urente desde que existen en España estadísticas fiables en la materia, tuvieron a bien elegirme como compañero en las altas tareas que dan savia fecunda a nuestra Institución, hoy continuaría con la esperanza de tan feliz experiencia.

También, por supuesto, va mi gratitud en estos instantes a los que otorgaron su confianza a la candidata con la que tuve el honor de concurrir para la asignación de la medalla nº 42 de esta corporación. Sin pluralidad no hay verdadera vida del espíritu. Nada más triste que esas elecciones en la Universidad, en la Magistratura, o en la más simple y sencilla organización o ente social y cívico como una comunidad de vecinos, en las que las votaciones a la búlgora se imponen *a fortiori* ante la ausencia de alternativas. La diversidad, el contraste prestan la fibra más sólida al tejido de las instituciones. Los Estados Unidos que, pese a las chanzas y escarnios europeos, han ejercido un incontestable liderazgo mundial a lo largo del último siglo, conocen muy bien el valor de dialéctica tan positiva y creadora.

Mi agradecimiento, claro es, reviste caracteres superlativos y se escribe con letras mayúsculas al expresarlo a las tres personas que tuvieron a bien proponerme para ocupar la medalla de nuestra Corporación, vacante por muerte del relevante académico D. Eloy Benito Ruano. Tanto D^a Rosario Lunar Hernández y D. Antonio Bascones Martínez, miembros muy diligentes de nuestra Junta de Gobierno y personalidades descolantes en sus respectivos ámbitos de investigación y docencia, como mi amigo y colega de *longue date* D. Emilio de Diego, hiperactivo Secretario de la Junta rectora de la Academia y estrecho compañero de anhelos corporativos en el imantador terreno de los afanes del contemporaneísmo hispano, se dejaron llevar por su acreditada benevolencia al conceder un cheque de esperanza al futuro trabajo en esta Casa de un modesto y entusiasta aprendiz de historiador. Un primario sentido de la responsabilidad y un mínimo deber de gratitud alentarán todas las tareas que en el porvenir lleve a cabo en el inmediato calendario de la Academia el último sin duda de sus prestigiosos componentes.

Empresa, en verdad, cierta y doblemente difícil por las circunstancias que en ella concurren. A la elemental y determinante de la infirmitad de las energías poseídas por quien ahora les habla, se une el hecho de suceder en el desempeño de la medalla 42 de la Corporación al que fuera uno de los medievalistas más notorios de una escuela o gremio singular y merecidamente más acendrados en la historiografía española de la última centuria. De hondas raíces toledanas, fue Eloy Benito Ruano (1921-2014) envidiable ejemplo de docente vocacionado y entregado hasta el límite en el servicio a esa vieja y noble dama que era en sus tiempos el *Alma Mater*. A ella prestó sin pausa afanes de la mayor entidad humanística y científica, sin rehusar nunca, de otro lado, cualquier trabajo que se le reclamara desde sus órganos superiores. Siempre sencillo y eficaz, estudiantes y compañeros encontraban invariablemente su ayuda o consejo en cualquier trance problemático por el que atravesaran. Así,

en el mejor sistema reclutador o selectivo de profesionales universitarios cualificados –las durante algo más de medio siglo famosas oposiciones a cátedra–, establecido canónicamente en los días de la Segunda República por el rondeño y sobresaliente institucionista D. Fernando de los Ríos, el auxilio prestado por el eximio autor de *Los Infantes de Aragón*, *Los orígenes del problema converso*, *Gente del siglo XV* y tantas otras aportaciones de enjundia y fuerza incomparable, no tardaba en evidenciarse para muchos opositores como rayano en lo milagroso. Desde su recatado despacho del C. S. I. C. en Medinaceli, 4, ocupado como secretario de la revista *Hispania*, movía todos los hilos que fuera menester para que los atribulados opositores a las diversas cátedras de Historia se desenvolvieran a gusto en una hora capital de su biografía. De entre las múltiples imágenes agolpadas ahora en el recuerdo vivo y agradecido de un universitario de estirpe superior, ninguna más impactante que su contenida sonrisa y su ilimitada y operativa solidaridad con los que aspiraban ardidamente a ingresar en el mismo cuerpo académico que compendia todas las virtudes que él encarnaba y atesoraba de manera tan admirable como inimitable.

Entre las muchas definiciones que se han dado de Madrid desde los días en que recibiera su credencial capitalina de lo hispano por aquel gran rey que encarnó acaso con mayor plenitud que ningún otro gobernante su esencia más genuina, hasta el conturbador otoño de 2015, tal vez ninguna más bella y honda que la salida de la pluma del poeta del sevillano palacio ducal de las Dueñas, tan admirado en lo estético por el emborroneador de estos renglones: “Madrid, Madrid, ¡qué bien tu nombre suena/ rompeolas de todas las Españas...!” Siempre lo fue, mas quizá nunca con el vigor, el empuje y la conciencia plenificante del primer tercio de la centuria pasada. Una nación afanosa por superar el rezago que supusiera en el camino de su modernización el furor bélico y fratricida que impusiera su horrenda ley a través de casi todo un siglo, se esforzó en dicho periodo por cubrir metas ambiciosas y alcanzar objetivos ilusionantes con celeridad llamativa. Y desde Madrid partieron incesablemente no solo normas, reglamentos y dictámenes, sino también entusiasmo patriótico, impulso integrador, loanza del mérito y el trabajo allí donde revelasen sus mejores efectos para la regeneración de un país identificado –*boutades* literarias y supuestos agravios aparte– con sus elites, radicadas en proporción subida en una capital que cumplía con solicitud y perfección crecientes e indesmayables sus funciones de corazón y motor de un país auténticamente en marcha hacia el progreso y la grandeza.

La capacidad así de atracción de la capital de las Españas alcanzaría uno de sus vértices en el tramo cronológico aludido, espejo y escenario de –importa-

rá insistir a los efectos de nuestro hilo discursivo— la empresa palintocrática de un pueblo remecido por fuerzas incontenibles de altura —excelencia, se diría ahora— y superación. Como es bien sabido, tal proceso modernizador tuvo en la urbanización su pieza de mayor calibre y a la vez más decisiva. Comenzado con energía en la etapa final del ochocientos, entrojó, en las fechas antecitadas, sus mejores realizaciones, hasta el extremo de haberse afirmado con exactitud que la España contemporánea es fruto de las grandes transformaciones estructurales puestas en marcha y dinamizadas desde Barcelona, Valencia, Málaga, Sevilla, Vigo, Bilbao, Zaragoza y Madrid, junto, claro es, con las iniciativas radiadas a partir de otros centros capitalinos de expansión continuada, a la manera, v. gr., de Oviedo o Valladolid o Las Palmas. Tan alentador proceso propició rivalidades intercapitalinas en extremo plausibles para el adelanto del país, descollando el pugilato entre Madrid y Barcelona, saldado en sus estadios iniciales con el indiscutible ascenso y status de esta de cosmópolis europea —seguramente, la más importante de todo el Mediterráneo, Estambul incluida—, pero favoreciendo igualmente la adquisición por Madrid del de urbe verdaderamente capitalina de una nación de standares ciertamente europeos. Superada la crisis noventayochista, el país se enriqueció a ojos vistas, sobre todo durante y después de la Gran Guerra, cuya neutralidad del lado español llegó a decantarse en una espectacular prosperidad general, aumentada y corregida, tras una breve recesión, en la primera dictadura militar española del novecientos, fastigio de la inmensa implantación y desarrollo capitalistas del veintenio precedente.

El fenómeno no era nuevo. En los estertores del absolutismo fernandino, los contemporáneos asistieron, satisfechos, a un proceso de semejantes características en varios de los centros urbanos más importantes de la Península y sus Archipiélagos. Los amantes del primer y gran periodismo español —el que patentaron, a pie de obra y en medio de mil y una dificultades, Larra y Mesonero— gozaron y pueden seguir haciéndolo, con la lectura de esos dos gigantes respecto a su reflejo en Madrid, bien que, conforme ya se ha recordado, sus secuelas se dejaron sentir en la fisonomía de otros núcleos capitalinos, comenzados a recuperarse de los devastadores efectos de la guerra contra el francés y del otro gran desgarró producido por el fin del imperio ultramarino en la América continental. Un quincecenio más tarde, es decir, en la generación siguiente a la más castigada sin duda de nuestra modernidad —¡triste y terebrante record!—, el hecho se repetiría advenida la feliz conclusión de la excruciante primera contienda carlista y despegada por fin la sociedad española hacia un afianzado horizonte constitucional y de indudable y elevado desarrollo económico en la década moderada. Justamente en ella sentó plaza como descollante paseante en Cortes el escritor que mejor conociera y

manejase los resortes de la lengua que tendría al autor de *Juanita, la Larga* como uno de sus escritores más universales, acaso el postrero de sus anales contemporáneos. Dueño ya de los incontables registros de su prosa y en posesión plena de sus no menores ambiciones, el joven cordobés Juan Valera (1824-1905) quedose deslumbrado con el espectáculo de luz y poderío material y social desprendido por un Madrid cuyas metas de progreso y fuerza semejaban enlazarse con sus propias ilusiones y ensueños. En el género en que sería, incuestionablemente, maestro supremo de las letras españolas, el epistolar, el futuro autor de *Cartas desde Rusia*, observador tan buido en la descripción de tipos y costumbres nos dejó viñetas y cuadros de impagable colorido y penetración a la hora de recoger en sus misivas a su madre la imagen radiante del Madrid que lo acogiera en el kairós acaso más importante de su biografía (Cfr. El excelente libro de N. Rodríguez Martín, *La capital de un sueño. Madrid en el primer tercio del siglo XX*. Madrid, 2015).

Un ancho medio siglo separara estas correrías valerianas por la Villa y Corte de las emprendidas por el haz de figuras destacadas de la literatura que, con lugar de nacimiento en Andalucía en fechas liminares, grosso modo, con el Desastre, se asentaran en sus barrios mesocráticos para tallarse un porvenir, con el ahínco inherente a una vocación irrenunciable, en el siempre incierto mundo de las letras. Recuperada de las consecuencias más letales, según quedó explicitado más atrás, de la impactante crisis del 98, el censo de Madrid se abría sin trabas a la aportación de savia provincial. Ese había sido desde siempre su destino y principal razón de ser y la más importante entre sus funciones, revalidando con toda propiedad, al igual que en muchas otras coyunturas semejantes, la legitimidad de su rango y condición. Por lo demás, resultaba normal que, en tesitura tan expectante de bienestar y progreso, no existieran cuotas ni restricciones a los contingentes que, anhelosamente, depositaban sus sueños de bienandanza en la residencia de la ciudad que todavía recibía en gran parte del país la denominación de “Corte”.

Se afirmaba que, en la ocasión reseñada en las presentes líneas, sería una gavi-lla de jóvenes andaluces escogidos ya por las Musas para las más altas empresas literarias lo que centrarán nuestro comentario del que, tomando como préstamo la expresión de un periodista coetáneo al que inembridable politización condujese a la esterilidad melancólica, bien cabría denominar de “desembarco andaluz” en la capital de España. Unos, los más, arribarían a ella en virtud de una opción personal; otros, quizá los menos, en la inercia o estela de una decisión familiar, mediante la que, en compañía de sus padres y hermanos, sentaron sus reales en una ciudad que desde el primer contacto los embrujó. Y todos sin excepción consideraron que en ella se libraría el combate deci-

sivo de su existencia, en las múltiples palestras que la ciudad brindaba a sus empeños y afanes.

Por ejemplo: A tal guion u hoja de ruta se acomodan, en síntesis que por lo apretado a las veces distorsiona el cuadro general, los de los dos granadinos que, como protagonistas, comparecerán en estas páginas. (Con mayúscula heterodoxia, no lo hará, sin embargo, Federico García Lorca, por razones comprensibles de sobrado conocimiento de su figura, no encasillable, de otra parte, en el perfil dado en estas páginas a sus coetáneos andaluces). Las familias de M. Fernández Almagro (1893-1966) y F. Ayala (1906-2002), bien avenidas y con multitud de contactos en la Ciudad de los Cármenes, emprendieron el viaje por motivos muy parecidos. Mermadas sus fortunas, creyeron encontrar en el aposentamiento madrileño la tabla de salvación de sus angustias y temores ante el cerrado porvenir. No obstante, en el caso del autor de la inconclusa pero excelente *Historia Política de la España contemporánea* –a no dudar, su obra más conocida y difundida, aun hoy día–, su contacto con Madrid se haría en el tránsito de la niñez a la adolescencia, cuando su prodigiosa memoria comenzaba ya a despertar la admiración en conocidos y amigos. Imantado en la madurez por el tema eterno y laberíntico del poder, no sorprende que las estampas mejor conservadas de esta primera impresión madrileña fuesen las concernientes al poder militar –a la vez el más primitivo y decisivo–, expresado en la variada indumentaria de las diversas armas y cuerpos de la muy nutrida guarnición capitalina y, muy singularmente, en las paradas, marchas y desfiles palaciegos en honor del joven monarca Alfonso XIII (1902-1931), de cuyo agitado reinado, habría de ser, al correr de los años, el primer y acaso también más completo de sus estudiosos, en la alborada casi de la Segunda República (Cf. J. M. Cuenca Toribio, “La historiografía española de la edad contemporánea”, en J. Andrés-Gallego (coord.), *Historia de la historiografía española*, Madrid, 2003, p. 240). “(...) más soldados, muchos más soldados que en Granada. ¡Cuántos y qué distintos y de qué colores y uniformes más variados! Yo no había visto en Granada soldados más que de dos o tres clases, y ni los de plomo, ni los recortables de los grandes pliegos que vendía Maximino en la plaza de San Gil, me daban idea de los que me ofrecían las calles de Madrid y, sobre todo, la plaza de Oriente, la mañana aquella en que mi tío Rafael –con su faja amarilla de auditor general– me llevó a ver el Palacio Real”. (*Viaje al siglo XX*. Madrid, 1962, p. 90). Pero con intuición bien probada y envidiable el futuro “moro amigo”, como habrían de nombrarlo sus amigos íntimos en alusión a su fisonomía de “último abencerraje”, columbraba, en presencia de los escaparates y comercios más innovadores de la capital, que el poder de su ansiado Siglo XX se acunaría no en las bayonetas, sino en la ciencia y tecnología que aquellos ya exhibían: “El anun-

cio que yo leía y releía en el cristal de la tienda de la calle del Barquillo, aún lo leo y releo dentro de mí: “Gramófonos, fonógrafos, máquinas de escribir, motores eléctricos, lámparas incandescentes, material de luz y timbres. Pídanse catálogos”. (*Ibid.*, p. 94).

La precarización económica habría de ser igualmente la principal de las causas que abocaron, a finales de 1920, a los numerosos integrantes de la familia Ayala a seguir la misma senda de Granada a Madrid recorrida en 1918 por los de la Fernández Almagro, a la husma de bazas y opciones sugestivas para sus miembros, en particular, los más jóvenes. El más destacado por su inclinación hacia las letras era el flamante bachiller Francisco, quien en sus originales acotaciones biográficas de dicha época descubrirá una acezante sed bibliográfica que solo en Madrid era posible saciar —tal vez también en la orsiana Barcelona, de la que Pla nos ha dejado una visión de todo punto memorable en esa perla memoriográfica registrada con el nombre de *Cuaderno azul*—. Empedernido galdosiano como tantos otros *lletraferits* provincianos de su edad, la experiencia inaugural de Madrid para el futuro autor de *Muerte de perro* fue del todo lamentable, según consignó su ática pluma en la primera edición de sus recuerdos. Acaso con un punto de remordimiento por esa pintura un poco *au noir*, al volver sobre el tema en su libro testamento *De mis pasos en la tierra* la descripción de dichas experiencia juveniles se permearán con tonos más radiantes: “El primer viaje que recuerdo con emoción (o cuyas emociones recuerdo) fue el que, a la edad de dieciséis años, debí hacer en tren desde mi natal Granada a Madrid, para reunirme con mi familia ya instalada aquí. ¡A Madrid! ¡A Madrid!. La visión imaginaria que este chico provinciano traía formada a base de las fotografías de revistas ilustradas y de escuchadas conversaciones creaba en su ánimo expectativas de la más espectacular magnificencia. No hay que decirlo: al pronto quedé defraudado. “Aquello” (esto es: las calles que, Atocha arriba, encontraba a mi paso desde la estación del Mediodía, no tenía, ni mucho menos, la ilusoria suntuosidad que yo me había prometido. Sin embargo, pasado el efecto del primer encontronazo con la realidad, no tardaría mucho en ponerme a explorar la ciudad, y aprendermela, y sentirla como propia...” (pp. 16-7). Sin tardanza, el lugar predilecto de un Madrid pausada e irrefrenablemente entrañado fue la Biblioteca Nacional, en donde recalaba cuotidianamente una vez realizadas las visitas de rigor a las librerías más concurridas, cuyos escaparates y anaqueles movilizaban de inmediato la curiosidad ingénita de un espíritu verdaderamente renacentista. Novedades y clásicos ameritaban los títulos del Madrid de los años veinte para erigirse en auténtica metrópoli cultural del mundo iberoamericano, que exhibía pujos quizás algo atrevidos, pero nada baladíes para equipararse a Berlín como fuente y motor de la creación artística y científica de una Europa que

libraba por entonces el último gran combate para, contra los augures de su irremediable decadencia, conservar su primacía plurisecular en los dominios del espíritu.

Una Universidad también habitada por la acribia y el culto a su responsabilidad social y al mérito esperaba al futuro catedrático para dar alas a su definitivo vuelo hacia la docencia. Tanto la Facultad de Letras como la de Derecho se hallaban en vísperas gozosas de sus respectivas etapas áureas, enmarcables sin rigidez en el cruce de la década de los veinte con la de los treinta. El aprendizaje, pues, de Ayala no pudo ser más frutivo y provechoso. Del curso preparatorio para ambas facultades humanísticas, la pluma autobiográfica del autor de *Los usurpadores*, poco proclive a la emotividad o la exaltación, vibrará, empero, con la evocación de uno de sus profesores, D. Julián Besteiro (1870-1940), nimbado en la rememoración con el pincel más luminoso. Idéntico halo de veneración y añoranza envolverá el recuerdo de otro de sus grandes maestros de la época –más fuera de las aulas que dentro–: el jiennense D. Manuel García Morente (1886-1942), con toda seguridad su introductor en la mítica tertulia de la orteguiana *Revista de Occidente*, auténtico faro cultural para las generaciones de la época a uno y otro lado del Atlántico, nunca más transitado por navíos de enjoyada carga cultural que en periodo tan hervoroso en el mundo de las ideas y el arte. Dadas las coordenadas de su currículo, era de todo punto lógico que la Alemania weimeriana esperase, al arrancar el crucial decenio de los treinta, a un Ayala estampillado de escritor por una obra aún breve, pero valiosa en el ensayo, el periodismo y la narrativa para, al more clásico, esto es, por las roderas seguidas por las grandes figuras del Pensamiento y el Derecho de la España de la Restauración, otorgarle los atributos de un doctorado, cursado y realizado en una Universidad remecida *de fond à comble* por las teorías keyesenianas, heideggerianas y smitchnianas, que alimentaron los trabajos y los días intelectuales de Ayala y sus numerosos compañeros de estadía en el *Alma Mater* alemana de la época precedente a la hecatombe –democrática en sus orígenes parlamentarios– hitleriana.

Retornado a la patria, F. Ayala cimentó en tiempo record un firme prestigio como letrado de las Cortes, y escritor de tan variado como sólido espectro. Avescindado en Madrid en cuerpo y alma, el torbellino criminal de la guerra civil aventó planes y proyectos. Víctima en vanguardia de sus más desastrosas consecuencias, pasajero renombrado y acibarado de la cuarta carabela, su –sobre todo, en términos relativos y comparativos– afortunado exilio no amenguó el ansia de la vuelta definitiva a un Madrid cuya metamorfosis desarrollista y tecnocrática siguió con mirada libre y buida. El recobro de la democracia implicó el reverdecimiento y acrecentamiento de laureles aquista-

dos en pugna quijotesca contra los vicios y desafueros más arraigados de nuestra convivencia. Forzado quizá contra su naturaleza íntima por la avasalladora maquinaria mediática de la España postmoderna a ejercer de gran gurú o mandarín de diversas áreas de la cultura democrática, facedor de académicos y dispensador de credenciales del nuevo legitimismo, Ayala, residente en una calle del Madrid azoriniano, entregó su lúcida y serena vejez a revalidar con nuevos títulos el papel insustituible de Madrid como centro y núcleo cohesionador de la gran patria española. Depositar en su tumba madrileña las flores frescas de la gratitud cívica entrañaría el mejor homenaje a español tan bien nacido.

No abandonamos la Andalucía Penibética al abordar la figura de otro gran andaluz como Ayala y como él succionado en la juventud por la ventosa madrileña, a la que se aclimataría con manifiesto gozo. Al igual que su contemporáneo granadino, el malagueño José Moreno Villa (1887-1955) se encandiló con la capital de la nación a través del prisma cultural. Las redes clientelares tan en boga en la España canovista —¿y cuándo no?... — habían alcanzado su clímax en la Andalucía de comienzos de la centuria pasada, y, dentro de ella, era tal vez su porción oriental donde el sistema logró superarse en un ejercicio de virtuosismo pocas veces visto por los coetáneos. En alguna parcela su radio llegó hasta abarcar una de las expresiones más fecundas y beneméritas de la cultura española contemporánea. Por razones de amistad y también de parentesco, al progenitor de Moreno Villa no le fue difícil que D. Francisco Giner de los Ríos (1939-1915) recibiese en la Institución Libre de Enseñanza al muy prometedor provinciano que, tras una breve pero fructífera estadía en la arcádica Alemania de vísperas de la Gran Guerra, decidiera pasarse, con armas y bagajes, de una inicial vocación científica, al terreno artístico-literario. “Las musas me llevaron ante don Francisco Giner. Este hombre era una fuerza cordial y espiritual a la vez. Andaluz hasta los tuétanos, tenía, por disciplina, mucho de inglés (...) En la primera visita me preguntó: —Y usted, ¿qué quiere hacer? Porque hacer poemas... Claro que hacer buenos poemas ya es algo..., pero usted sabrá que de poemas no se puede vivir. Es bueno tener dos oficios, porque cuando falla uno... queda otro... Yo le contesté que pensaba dedicarme a la historia el arte. —Magnífico. Pues vaya usted a ver a Gómez Moreno”. (*Vida en claro. Autobiografía*. Madrid, 1976, pp. 76-7).

Pero para criatura tan tremente el destino no estaba todavía fijado con el discipulado de una de las personalidades más eximias de la cultura española de los tres últimos siglos. Dos coterráneos dieron de nuevo un giro a su existencia, anclándola casi definitivamente. Un malagueño de su edad y aficiones,

reivindicado justa y estimulan en nuestros días, Ricardo Orueta (1868-1939), y otro de celebridad de más *longue date*, D. Alberto Jiménez Fraud (1883-1964), fueron los medios de los que se valió el azar para convertir al autor de *Luchas de pena y alegría* para llevarlo al staff directivo de la ulteriormente legendaria y hasta mítica Residencia de Estudiantes, de la que sería pronto elemento clave como hombre en el que el director Jiménez Fraud depositara confianza ilimitada en su labor de manager intelectual del organismo, a lo largo de casi un cuarto de siglo. Compañero del primero fue en el Centro de Estudios Históricos, de invocación hodierno también idolátrica y no sin razón: “Orueta entró en el Centro Histórico (*sic*) a la par que yo; pero pronto se sacudió la tutela de los jefes, constituyéndose en jefe de una sección de historia de la escultura, compuesta por él sólo (...) Materialista acérrimo, me hizo leer a Darwin y a Flammarion (...) Fue la persona que más influyó en mi cambio de Málaga por Madrid. Cuando vino la República, fue nombrado Director de Bellas Artes. Era republicano viejo, de toda la vida (...) Fue académico de Bellas Artes. Pero lo más notable en él era su personalidad, muy parecida a la Silvestre Paradox (...) De Orueta se podría escribir un libro divertido y dramático” (*Vida en claro...*, p. 96).

En cuanto al protagonismo de D. Alberto en la fijación del rumbo decisivo en existencia tan lábil como la del autor de *Jacinta la pelirroja* hay poco que decir. Fue determinante. El más madrileño quizá de los personajes aquí estudiados, si nos atenemos a razones o fundamentos administrativos, por su estancia en la capital ininterrumpidamente –salvo paréntesis menores, como el de una estada anual gijonesa al frente de la Biblioteca Jovellanos–, durante muy cerca de un tercio de siglo, tuvo en la Residencia de Estudiantes el hogar hecho a medida del pura sangre intelectual que era Moreno Villa. Entre sus muros y gentes encontró el paraíso en la tierra, en un tiempo particularmente convulso a escala nacional e internacional. Las mareas de las vanguardias y las internacionales, de las culturas de elites y de masas reflúan al chocar con la juanramoniana Colina de los Chopos, depositando en los arriates y canalillos de la Residencia un légamo que, en el intangible legado gineriano, se pondría exclusivamente al servicio de las ideas y las artes como eje vertebrador de la España decorosa, limpia y culta con la que el maestro malagueño soñara. El más fiel de sus albaceas en la prolongación de su obra en la Residencia, Jiménez Fraud, iba, a su vez, a encontrar en Moreno Villa –entre malagueños andaba el gran juego...– el más leal y abnegado colaborador para la permanencia y trasmisión de tan preciado legado. Las crónicas de la época testimonian sobradamente que, en el país de la improvisación y faprestismo, así habrían de discurrir los acontecimientos hasta el trágico verano de 1936.

Mucho antes de tan nefasta fecha, cuando ni el más zahorí de los espíritus podía atisbar la más mínima señal de que la gran apuesta por la modernización del país tendría tan pavorosa desembocadura, en el regreso de uno de los espaciados viajes a que su cargo le obligaba, el madrileño por voluntad y que-
rrencia Moreno Villa escribiría probablemente la alabanza más hermosa y hasta un adarme bombástica de la capital de España, como una nueva Atenas y centro superior de cultura a nivel de un tiempo singularmente atento y propicio a la creación científica y artística. “Sé que en este preciso momento, el pintor Juan Echevarría está pintando su enésimo retrato de Baroja; que Ortega está preparando su clase de filosofía o su folletón para “El Sol”, que Menéndez Pidal redacta su libro “La España del Cid”; que Arniches ensaya un sainete; que Manuel Machado entra y sale en la Biblioteca del Ayuntamiento, de la cual es Director; que Antonio “conversa” con Juan de Mairena; que Azorín desmenuza la carne de un clásico –momia ya– y consigue extraer un globulillo perfumado; que Don Pío del Río Hortega está sobre el microscopio dibujando no sé qué célula del cerebro; que Juan Ramón Jiménez discurre algún modo de atrincherarse en el silencio; que Don Manuel Bartolomé Cossío, postrado y todo, corrige pruebas de mil cosas, recibe visitas, se exalta con esta evocación artística o con este detalle político antiliberal; que Benavente se fuma su interminable puro, a pasitos apresurados por las calles, o con la cara burlona en el café; que Martínez Sierra luce su indumentaria de nuevo rico; que Ramón y Cajal estudia las hormigas; que Américo Castro lucha a brazo partido con Santa Teresa, con Erasmo, con Lope y con la Divina Providencia; que Zubiri ahorca los hábitos y se coloca a la cabeza de la filosofía profesional; que Gaos gana su cátedra; que Navarro Tomás enseña fonética a las americanas; que Giménez Caballero quiere ganarse a toda costa un lugar notorio en la literatura; que Azaña sigue de empleado modesto, pero trabajando en la penumbra su programa político y su “Jardín de los frailes”; que García Lorca lee, con ahogos de alegría, nueva comedia; que los eruditos afinan, que afinan los poetas y los filósofos; que Valle Inclán depura en las tertulias de café la manera eficaz de contar un esperpento; que Maura dirige una carta a Don Alfonso XIII como de un instructor a un discípulo, que Ors sigue glosando obre las cúpulas o sobre el sentido ecuménico, que Falla está como embrujado en el piano; en suma, que Madrid hierve, que mis amigos quieren superarse. Todos, todo un enjambre. Hay un rumor renacentista que los mantiene en vilo ‘Qué maravilla! Durante veinte años he sentido este ritmo emuladorio, y he dicho: Así vale la pena de vivir. Un centenar de personas de primer orden trabajando la ilusión máxima, a alta presión ¿Qué más puede pedir un país?’” (*Vida en claro...*, pp. 140-1).

Como en la existencia de los restantes del grupo intelectual andaluz ahora ana-

lizado, la tragedia de julio de 1936 supuso un punto y aparte en la trayectoria de Moreno Villa. Y al igual que la porción más nutrida de entre sus camaradas y compañeros de ambiciones y proyectos palintocráticos buscó en Méjico el cauterio relativo para sus muchos achaques y dolencias físicas y anímicas. Como es frecuente, el trabajo stajanovista supuso un eficaz pero volandero remedio a sus males. Ni siquiera la redacción de sus memorias –estimadas por críticos de alto velamen, a la manera del murciano Alfredo Pérez Sánchez, como las mejores en lengua castellana en los decenios centrales del novecientos– cicatrizó heridas y aventó melancolías, según se deja bien notar en el libro. En 1955 moriría en la capital de la Nueva España, aquejado de no atalayar los horizontes velazqueños desde el último de sus siempre bien queridos y mejor descritos “cuartos de estar”.

En días de furiosa iconoclastia arquitectónica, escultórica y callejeril no sería tal vez inoportuno solicitar de la regidora de la antigua Villa del Oso y el Madroño perpetuar su memoria en el patrimonio urbano con alguna pequeña plaza o modesta glorietta que lleve el nombre de un soñador andaluz que en Madrid encontró hecha realidad la idealidad rezumante en versos, escritos y prosas de su poderosa mente.

Genius vatum irritabilis est... Aplicar el verso del viejo y siempre actual Horacio a Rafael Alberti (1902-1999) en relación a su trato y valoración artística de Moreno Villa puede, acaso ser inexacto y, por tanto, injusto. Pero indicios hay, desde luego. Contrariado tal vez por los desbordados y abundantes elogios de D. Antonio Machado (1875-1939) y aun del mismo Federico al autor de *Puentes que no acaban*, el poeta gaditano arrecia desmedidamente en sus críticas a la obra en verso de Moreno Villa, por más que, afortunadamente, hace justicia a algunas de las muchas dotes del ingenio y el talento de alguien del que le separó seguramente la militancia política, no sentida y menos aún ejercida por el malagueño, de estirpe genuinamente liberal.

Pues, en efecto, aquella fue el *primum movens*, el motor de una actividad encauzada, trepidantemente, por la doble vía del testimonio público y poético, con evidente subordinación de este a aquel. Trasplantado familiarmente a Madrid con un bachillerato todavía no concluido en el famoso e ignaciano colegio del Puerto de Santa María, no tardó en prender en su espíritu la llama de la revolución de los soviets. *Ex Oriente lux...*; a comedios de los años veinte un “resplandor” oriental volvía a imantar el ardor de algunas de las almas más tensionadas y ansiosas de verdades absolutas, en medio de una sociedad que estaba acostumbándose a los símbolos y pautas de un capitalismo agresivo de corte irrefrenablemente yanqui. El poeta de la Bahía –ya ensoñada en

sus esteros y salinas...– fue uno de los artistas y hombres de letras de su tiempo y edad en que el mensaje leninista despertó mayores resonancias, alumbrando ideas y pensamientos de redención social compartidos por su primer gran amor, en simbiosis o compenetración que escandalizaron a la muy fari-saica sociedad de su tiempo. La vivencia y devoción por el credo comunista coincidieron en la biografía del poeta gaditano con otra elección trascendental: la que le hizo pasar de una vocación pictórica hasta entonces absorbente a su coexistencia con la lírica; primero en igualdad de términos y, muy pronto, a la baja de la primigenia. El Madrid más grabado en la retina y el espíritu del provinciano Alberti que, en compañía de sus padres y hermanos llegó a ella en mayo de 1917, fue, sin lugar a dudas, el que daban sombra amiga los pinceles y paisajes velazqueños, incluidos, por supuesto y en lugar primacial, los del Museo del Prado, convertido en lugar de peregrinación diaria de un joven cuya realización personal se identificaba con el poder genesiaco de una paleta incansable, abierta a las tendencias del momento, pero receptiva siempre al mensaje de los grandes clásicos.

El Madrid en que transcurriera su rebelde mocedad satisfacía todas sus exigencias en el plano más vital de su biografía, con un diálogo permanentemente enriquecedor entre ideales y compromisos, en los que no tardarían en incluirse los de tipo político más avanzado. En esta dimensión, el observatorio estaba bien elegido. Aunque Barcelona ofrecía un panorama igualmente ebullente y contrastado, con una acracia en estado de gracia y un catalanismo en vías de imparable ensanchamiento merced a las prédicas contrapuestas, pero contestes en sus efectos anticontracualistas, de Woodrow Wilson y Primo de Rivera, el escenario madrileño presentaba la gran novedad de un proselitismo comunista día a día con mayor eco en la juventud y en los sectores intelectuales maximalistas. Adherido sin reservas a su propagación, el futuro diputado del PC en las Cortes inaugurales de la segunda restauración se trazó el sendero recorrido hasta los primeros meses de la guerra civil. Una intensa actividad política, en la que otra no menos literaria y artística iba a encontrar su complemento y, a las veces, su equilibrio, en un Madrid nacional de liderazgo indiscutible en ambos terrenos. Abandonada la capital por su traslado a Valencia en pos del gobierno de la República en el otoño de 1936, no volvería a ella hasta cuarenta años más tarde, en olor de multitudes y con inigualable presencia mediática. Alternada su residencia con la de un Cádiz ahora desvivido por ceñirle toda suerte de coronas y plácemes, en homenaje permanente de sus gentes e instituciones –cogería ¡en vida! la estrella de los mares...–, su entrañamiento de Madrid se descubrió intacto cada vez que la ocasión lo requería. Ningún eco del antimadrileñismo andalucista sembrado por doquier en su tierra se detectará en su producción del momento, fiel a los

principios que alentaron su por entonces dilatada biografía. El internacionalismo obrero se sitúa en los antípodas de cualquier nacionalismo. En sus discursos, mítines y escritos de esta época, el principal meridiano de la nación seguía pasado por Madrid... Los correligionarios de Alberti cuentan entre sus más preciadas virtudes la del reconocimiento a los hombres y mujeres cuya vida ardió en la defensa teórica —en innumerables ejemplos, también en la práctica— de los oprimidos y olvidados. Ojalá que, al menos edilmente, el poeta de la Bahía no figure nunca en los olvidos y omisiones de su movedizo callejero y errático nomenclátor.

Contrapuesto en casi todo al autor de *Marinero en tierra*, con la excepción de su común nascencia andaluza y su bien probada y atestiguada pasión por las letras, se alza el airoso perfil literario de la peregrina existencia del sevillano Rafael Cansinos-Asséns (1882-1964). De extracción social semejante a la del mayor número de intelectuales que conforman la plantilla objeto de la presente investigación, huérfano en la niñez de padre y educado también de forma idéntica a la mayoría de los autores aquí estudiados en la específica dimensión de su declarado madrileñismo, en un colegio religioso —en su caso, los escolapios de la capital bética, y de los que guardó, convicto y confeso anticlerical, un grato recuerdo—, este eximio traductor en las más variadas lenguas fue, como se recordará, uno de los más acuciosos especialistas de la bohemia finisecular. En su ejemplo, dicho conocimiento provino más de sus amistades y contrastadas experiencias en los ambientes característicos de un movimiento que tendría en Madrid no solo el epicentro sino también los límites de su territorio más propio y genuino, que de su empatía profunda con el mayor número de sus manifestaciones. Estas, convendrá volver a traerlo al recuerdo, contribuyeron decisivamente a forjar la imagen de un Madrid alicorto y frívolo, usufructuada al máximo por sus críticos y adversarios para devaluar sus funciones capitalinas y descalificarlo como legítimo motor de una nación imperiosamente urgida de acceder a una auténtica modernización.

Este autor, del que José Luis Borges (1899-1986) afirmara reiteradamente su genialidad así como un magisterio relevante en su formación personal, no se alistó, huelga decirlo, en las copiosas filas de los mencionados detractores —siempre, por lo demás, activos... Las censuras serán siempre menores que los elogios: “Mi venida a la corte no fue ese episodio inicial frecuente en la biografía de los escritores provincianos, sino algo impuesto por las circunstancias familiares (...) No vine a conquistar Madrid y así no podría considerarme fracasado si no lo conquisté (...) Por lo demás, en aquellos días vesperales de la pérdida de las colonias, lo que absorbía la atención pública y llenaba las planas de los periódicos no era la literatura, sino la política (...) Como todos los

jóvenes de aquella época, yo también participaba en aquella fiebre general, formaba en las manifestaciones, gritando: “Viva España con honra”, e iba a la estación del Mediodía –aquella por donde había entrado en Madrid– a despedir a los soldados que marchaban a la guerra, ebrios de entusiasmo y de vino (...) La nueva y enorme ciudad me atraía y fascinaba como un libro nuevo, como un álbum de estampas, y me dedicaba a hojearlo en paseos solitario y generalmente melancólicos. ¡Era tan lóbrego y sombrío y destartado aquel Madrid de entonces, cuando la conmoción popular no lo agitaba!”. (*La novela de un literato (Hombres-Ideas-Efemérides-Anécdotas...*). 1. (1882-1914). Madrid, 1996, pp. 20-1).

Cafés, tertulias, redacciones y todo ello en cifras centenarias –(según se sabe el número de periódicos aparecidos en el Madrid de la época rebasaba tal guarismo)– desfilan, descritos con detalle, por las muy extensas y algo profusas memorias del escritor sevillano. La densa humanidad española que puebla sus páginas nos da todavía hoy una lección de vida y, desde luego, de historia que no por circunscrita a Madrid dejará de enriquecer a cualesquiera lectores. Uno de los géneros literarios más característico de nuestra letras, el picaresco, atesora con la obra memorialística de Cansinos uno de sus títulos más notorios. Es casi seguro que ninguno de los personajes de vida encasillable en tal literatura, vecino de Madrid en los decenios inaugurales del siglo XX, deja de comparecer en su atrezzo más íntimo en *La novela de un literato*. No obstante la riqueza casi inimaginable de semblanzas en tal galería, la consagrada a la política, no le va a la zaga. Entre los muchos y grandes cronistas de la caída de la monarquía alfonsina y el advenimiento de la Segunda República –el gerundense Josep Pla (1897-1981) a bastantes codos de distancia del segundo–, Cansinos ocupa, pese a su silenciamiento por la historiografía oficial, un puesto muy destacado. En verdad, cabría afirmar que hasta el 18 de Julio incluido, su relato se hace, a la fecha, indispensable y cobra un singular valor así por la justeza del retrato de descollantes personalidades como de muchas otras de relieve menor, pero, no por ello, en numerosos casos, de protagonismo secundario en los acontecimiento madrileños que jalonaron la recta final del periodo abocado a la guerra civil.

Transcurrida esta en Madrid y en situación política de acentuada inestabilidad, la prestigiosa editorial Aguilar lo mantuvo, por resuelta decisión de su propietario, el famoso D. Manuel, en el staff de sus miembros más distinguidos, a causa, sobre todo, de sus incomparables trabajos de traducción de algunas de las obras más famosas en lengua eslava y anglosajona. El Madrid judío, pues también hay o debe haber –¿lo pensará así la Sra. Alcaldesa?– un Madrid judío, al lado del de los Austrias y Borbones, tiene contraída una gran deuda

con la memoria de Cansinos. El hasta ahora mejor retratista del fundador de nuestra Academia se sentiría, a buen seguro, muy complacido con tal decisión.

Las tierras del Santo Reino, las más castellanas de las andaluzas por su vecindad con las manchegas, harán acto aquí con todo honor y dignidad por muchos nombres ilustres, no en la persona del más egregio quizá de todos ellos, D. Manuel García Morente, sino en la de un medievalista de renombrada fama en su tiempo y hoy referencia aún indispensable en multitud de trabajos y temáticas sobre el pasado de la Bética: D. Juan de Mata Carriazo y Arroquia (1899-1989). La razón de lo aludido estriba en el gran conocimiento que en los ambientes cultos del país se posee sobre el insuperable y legendario decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid en los años de la República y, en general, la oscura memoria que en las mismas esferas se tiene del segundo. Aunque con muy escasos títulos en su especialidad –no así en su labor traductora, modélica en todo, y ello en una época en que tan importante labor cultural abundó en cultivadores insignes–, García Morente es uno de los autores más favorecidos por estudios de alta calidad y abultado número en el panorama humanístico de la segunda mitad de la centuria novecentista sin que, venturosamente, esta línea de interés haya decrecido de manera apreciable en lo transcurrido de la actual. De otra parte, bien que no renegara de su oriundez meridional, García Morente fue, de hecho, arquetipo en vida y obras, y obvia y palmaria su identificación inercial con el valor y significado de Madrid en la forja y permanencia de los españoles, cuyo ser histórico, según es bien sabido, fuera analizado por su pulcra pluma, extensa y cálidamente, en una de sus obras más importantes, llevada a cabo tras la abrupta línea divisoria de su conversión católica y su posterior e inmediato ministerio sacerdotal (*Vid. J. M. Cuenca Toribio, Nacionalismo, franquismo y nacionalcatolicismo*. Madrid, 2008).

Integrante de una familia de la nobleza media rural, con hondas raíces en el Santo Reino desde los días del buen y gran rey Fernando III, en un hogar de juristas y galenos, D. Juan de Mata Carriazo descubrió pronto su vocación por las letras “puras”, con artículos aparecidos en el diario *Jaén* en plena adolescencia del autor. Su marcha a Granada para ingresar en su Facultad de Letras estaba así determinada, como la de su ida a Madrid, para, una vez concluidos los estudios comunes, proseguir los de Historia, que por entonces no podían cursarse en la ciudad de la Alhambra por la que siempre sintió particular predilección: “Llegué a Madrid a fines de setiembre de 1918 –explicitará en una frutiva entrevista de la vejez– (...) Pero el curso no se abrió hasta enero siguiente, por culpa de la gripe, de modo que tuve tiempo sobrado para enterarme bien de Madrid (...) En los tres cursos de la Licenciatura de Historia que

seguí en Madrid, tuve excelentes profesores y compañeros (...) La gran ocasión de mi vida fue el encuentro con don Manuel Gómez Moreno, maestro incomparable. Mientras don Elías Tormo me adoctrinaba en ver las obras de Arte, y a enseñarlas, con sus visitas al Museo del Prado, a las iglesias del viejo Madrid y a las ciudades monumentales de su contorno, don Manuel me revelaba todas las posibilidades del método arqueológico...” (Polaino, L., “D. Juan de Mata examinado”, *Homenaje al Profesor Carriazo*. Sevilla, II, 1971, pp. XXVII-VIII).

Inserto en los ambientes de la ILE, recién salido de las aulas ingresó en el claustro del flamante Instituto-Escuela madrileño. “Pronto –nos dirá–, y con su modesta retribución, fui encargado de enseñar Geografía, Historia y Arte a un grupo de chicos y a otro de chicas, que conservé durante los cinco primeros años del bachillerato, hasta mis oposiciones y la cátedra (...) La preparación de aquellas clases y de aquellas visitas, y la experiencia de hacerlas, la asistencia a la junta de profesores, frecuentes y de mucha altura de tono, me formaron como profesor. Por serlo de hijos suyos (la comunicación con los padres era muy efectiva), conocía a personas como Ortega y Eugenio D’ Ors, con los que luego volvería a encontrarme”. (*Ibid.*, p. XXX). El sueño madrileño se amplió y llegó a su culmen con el discipulado directo y cotidiano con el venerado D. Manuel Gómez Moreno (1870-1970) en el Centro de Estudios Históricos. “D. Manuel me abrió su corazón como un segundo padre. Además de las conversaciones en el Centro y en su casa, que pronto fue como la mía, algunas noches, porque él o yo estábamos en trance de confidencias, le acompañaba a la salida del Centro, hasta el Paseo de la Castellana 80 (ahora 76). En aquel camino oí de sus labios algunas de las cosas que más han impresionado mi conciencia y mi conducta (...) Ahora tendría que decir que don Manuel ha sido el historiador español más completo de todos los tiempos. La divina Providencia le adornó de las más excelsas cualidades”. (*Ibid.*, pp. XLVIII-XLIX).

Con sumo gusto, el nostálgico alumno de D. Juan de Mata en la Sevilla del buen recuerdo proseguiría deleitándose con la conversación de su inolvidable maestro, pero obvias obligaciones del *hic et nunc* lo vedan, bien a su pesar. En muy contrastados lugares de la ancha y diversa España, muchos de nosotros, mujeres y hombres, gozamos del clima del *Alma Mater* de comedios del siglo anterior. En tierra de hombres, con todos los defectos inherentes a la condición humana, los universitarios de dichas calendas pueden, al evocarlas, traer al recuerdo la famosa frase de Talleyrand acerca de las delicias de los últimos tiempos del *Ancien Régime*. Esa Universidad admirable y envidiable de alumnos y profesores en comunión de intereses e ideales, de sueños y trabajos, res-

ponsabilidad y goce se encarnó institucionalmente para la procura de felicidad y compromiso de sus aulas y claustros con las exigencias y necesidades de su pueblo. D. Juan de Mata tuvo la fortuna de vivirlo en un periodo áureo de la vida intelectual española y contribuyó, a fuer de espíritu noble y liberal, a intentar repetirlo en otro más sombrío y tórpido, cuyas estrechuras no consiguieron, sin embargo y pese a todo, frustrarlo, al menos por entero.

Alcanzada la cátedra a una edad por entonces normal –frizando la treintena–, la fugaz estadía canaria y luego la prolongada hasta su muerte en Sevilla no rompieron sus lazos con Madrid. Incluido durante la Segunda República por indicación de Ortega en el staff de altos colaboradores de Espasa-Calpe, en la postguerra esas relaciones llegaron incluso a estrecharse, lo que equivale a decir que los viajes y contactos con Madrid en los años cuarenta y cincuenta fueron relativamente frecuentes, con visitas continuadas a los numerosos colegas y amigos habidos en la capital de la nación. En el decenio siguiente, tales estancias se hicieron recurrentes con su merecida designación como miembro de número de la R. Academia de la Historia, una vez que esta hubo ya definitivamente que flexibilizar sus estatutos primigenios para dar entrada en ella, en condición de numerarios, a investigadores y estudiosos de toda la ancha geografía nacional. Si de manera visible y, cabría decir en cierto sentido, popular quisiera Madrid honrar la figura de tan digno y noble español que supo conjuntar su amor abnegado por la patria común y el de todas sus regiones –muy en primer término *Catalunya*: amistad indestructible e intensa con D. Pedro Bosch Gimpera, D. Luis Pericot, D. Ramón d’Abadal; continuo elogio y peralte de las muchas excelencias de la gloriosa Corona de Aragón, como recordarán sus alumnos y lectores de sus libros esculpidos en el mejor castellano cervantino y quevedesco–, un pequeño busto o una inclusión en su nomenclátor, serían a buen seguro una prueba de exvoto tan pertinente. Si por arte de encantamiento, quien les habla fuese investido por unas horas de las prerrogativas edilicias en la Villa y Corte, no vacilaría un instante en colocar uno u otra en el lugar más silente del Madrid de los Austrias, cuyas personalidades más encumbradas –femeninas y masculinas– recibieron el elogio más encendido de la pluma bien abastada en saberes humanístico y rebosante de emoción española del giennense castellanizado D. Juan de Mata Carriazo, cuya vida tan serenamente ardió en el siglo XX de España al servicio de las mejores causas: la cultura, la tolerancia y la solidaridad entre sus ardidias gentes y maravillosos pueblos.

Contra la voluntad de su atropellado autor estas páginas no pueden ya proseguirse. Doble o triple cantidad de las expuestas demandaría solo el aporche a lo que, más que un “desembarco” andaluz en el Madrid del primer tercio del

novecientos, fue, en puridad, una auténtica invasión o una reconquista intelectual al revés... Con referencia tan solo a aquellas zonas del saber que me son algo familiares, en todas las ramas del frondoso árbol de las Humanidades clásicas de la España del siglo XX, fueron legión los nombres meridionales que las enriquecieron a partir de su vela de armas y sus años de formación en un Madrid que no conoció de su parte ningún reniego, antes bien, la gratitud, la exaltación y la loanza más peraltadas y sinceras. En nuestro libro quizá más querido –*Semblanzas andaluzas. Galería de retratos*– pues tuvo el alto e innmerecido honor de aparecer en la colección por cuyos libros accedimos a la alta mar de la cultura, dímos apresurada, pero emotiva cuenta y razón de ello. Naturalmente, no cometeremos la impertinencia de remitirles a sus bien impresas páginas, sino dejar constancia de débito tan grande con algunos de los nombres de mi tierra más descollantes de nuestro próximo ayer, no solo significativo o memorable por sus desgarros y escisiones, sino también por su creatividad artística, científica y literaria, que semeja retrotraernos a los tiempos del luminoso liderazgo intelectual y político desplegado por nuestros antepasados en la centuria más radiante de lo que hodierno, muy capitidismidamente, llamamos Occidente...

En días también en que una de sus piezas esenciales –*Germania docet...*– labraba algunos de los más recios eslabones de su identidad, ante los desafueos habituales de los poderosos –en la ocasión mentada, nada menos que se alude a una arbitrariedad de Federico II–, un modesto y desamparado campesino, remitió a los tribunales berlineses la esperanza de sus cuitas. En hora muy grave para el ser y destino de nación tan vieja y esclarecida como España, ojalá que sus dolientes y angustiados habitantes, frente a los infortunios y desventuras del tétrico hoy, puedan seguir diciendo, estimulados por el alto ejemplo de los andaluces evocados aquí esta tarde: “Siempre nos quedará Madrid”...

CONTESTACIÓN
DEL
EXCMO. SR. DR.
D. EMILIO DE DIEGO GARCÍA

**Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia de Doctores de España.
Excelentísimas señoras y Excelentísimos señores, académicos de esta
prestigiosa Corporación.
Señoras, Señores.**

Tengo el honor y la satisfacción de contestar hoy el discurso de ingreso, en esta Real Academia de Doctores de España (RADE), de un historiador importante, que toma posesión de la medalla nº 42 de la Sección de Humanidades. Estos sentimientos, que acabo de proclamar, vienen justificados por la figura y la obra del protagonista de este acto, y por la grande y urgente necesidad que hoy tiene la sociedad española de mejorar el conocimiento de su Historia. Como prueba de esto que digo haré un brevísimo repaso, en primer lugar, de los trabajos y los días de nuestro nuevo compañero y, a renglón seguido, acotaré alguna reflexión sobre la actual situación de España, analizada en perspectiva histórica. Ambos apuntes con las limitaciones de tiempo y espacio que un acto de esta naturaleza, y la fatigada atención de ustedes, exigen. Recordemos pues para empezar el buido perfil profesional, aunque sea a grandes rasgos, de quien hoy se nos une en la tarea académica.

Un historiador importante

Nacido en Sevilla el 3 de marzo de 1939, el Dr. D. José Manuel Cuenca Toribio es un andaluz preclaro y, en cierto sentido, infrecuente, puesto que a

su condición de sevillano de origen ha sabido incorporar, de forma mesurada y con naturalidad, su circunstancia de cordobés de adopción. Ejercicio no siempre fácil.

Su infancia y adolescencia transcurrieron en una época marcada por las secuelas de la gran tragedia de la España contemporánea. Aquella contienda incivil que proyectó la sombra del luto en el cuerpo y en el alma de todos los españoles. Miseria espiritual y pobreza material contra las que hubo que pelear, de manera especial entre 1939 y 1953. Sobrevivir fue entonces el objetivo prioritario, y casi único, para la mayor parte de los niños que, sin haber tomado parte en la guerra, se vieron forzados a sufrir los rigores de su factura.

Algunos, los menos, tras cursar la enseñanza primaria, pudieron estudiar bachillerato y acceder luego a la Universidad; bien porque contaran con los suficientes recursos familiares o por su especial capacidad y esfuerzo. Entre estos últimos encontraríamos por aquellas calendas al alumno José Manuel Cuenca que, en 1961, alcanzaba la licenciatura en Filosofía y Letras (Sección de Geografía e Historia) en la Universidad de Sevilla. El mismo que, en 1964, obtenía en la tienda hispalense del saber, por antonomasia, el grado de Doctor. En ambos títulos con premio extraordinario.

Sus primeros pasos en la docencia universitaria tuvieron lugar en aquellos mismos compases iniciales de la década de 1960, dentro siempre de su universidad materna, compaginando investigación, estudio y clases prácticas. A partir de ahí un dilatadísimo periplo, por escenarios y escalafones diversos, que dura más de medio siglo. Al solar sevillano de sus comienzos le seguirían las aulas de Navarra, Barcelona, Valencia, en la que llega a la cátedra en 1972, y Córdoba, desde 1975 hasta su jubilación. Aunque aún habría de continuar, algún tiempo más, ejerciendo como profesor emérito en el CEU San Pablo de Madrid. En ese trayecto docente ha sido director de departamento en varias ocasiones y decano de las Facultades de Filosofía y Letras de Valencia (1973-1975) y de Córdoba (1975-1987).

Adelantamos ya que, siuviésemos que ocuparnos aquí de reseñar con cierto detalle las actividades académicas del Dr. Cuenca Toribio, en sus diferentes facetas, necesitaríamos disponer de mucho mayor tiempo y espacio del que tenemos. Sin embargo, permítaseme que haga alguna mínima referencia más, aunque sincopada, de lo sobresaliente de las mismas, para no pecar de tacaño en el elogio, y poder asomarnos, al menos, a sus muchos méritos en tantos campos. Digamos simplemente que ha dirigido más de cuarenta tesis doctorales y organizado decenas de reuniones científicas, congresos, seminarios,

jornadas, ... etc., sobre múltiples temas de nuestra historia contemporánea. A lo que se sumarían sus innumerables conferencias pronunciadas en foros de prestigio.

Por otro lado, antes de que la RADE le incorporara a sus filas era ya Académico de número de la de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba y correspondiente de la Real Academia de la Historia; de la de Ciencias Morales y Políticas, de la Academia Portuguesa da Historia y de la de Buenas Letras de Sevilla. Y ha sido, además, fundador y director del Instituto de Historia de Andalucía.

Como autor, único o en colaboración, llevan su firma alrededor de setenta libros y más de dos centenares de artículos en revistas de historia. Un caudal extraordinario de publicaciones que versan, de modo principal, sobre la Historia de la Iglesia española del Ochocientos y el Novecientos; nacionalismo y nacionalismos; la historia de la historiografía; la historia en la literatura y a la viceversa, y el poder y sus hombres en la España contemporánea.

Respetado en medios universitarios en toda la geografía española es un amante leal de su patria chica, tal y como ha ido enseñando en muchas de sus publicaciones, un español cabal al que vemos reflejado en las páginas del discurso con el que hoy se presenta ante nosotros. Andaluz, como los andaluces señeros, de Granada, Málaga, Córdoba, Sevilla, Jaén, Cádiz, Huelva ... A los que ha hecho caminar por el Madrid y la España de las primeras décadas del siglo XX, trayendo a la capital sus saberes y buscando sus horizontes. Y a los que bien pudo haber añadido para completar el mosaico provincial, la figura pionera de la almeriense Carmen de Burgos, la *Colombine* a la que tantas líneas dedicara el autor de *La novela de un literato*. Aunque en este caso y según la moda de hoy debería haber titulado su discurso "*Andaluces y andaluzas...*". En esas semblanzas he querido ver al Dr. Cuenca de la mano de todos ellos, y especialmente de Melchor Fernández Almagro, de Juan de Mata Carriazo, y aún de la de su paisano Rafael Cansinos Assens, discurriendo por los rincones de la Villa y Corte, con ilusión y afán de contribuir a la mejora de su Patria grande. Consciente de que las raíces del origen regional solo alcanzan su verdadero desarrollo en el árbol común de las Españas y, más allá, en el bosque del mundo que nos trasciende.

Esa preocupación por España, la de ayer pero también la de hoy, le ha llevado, sin duda, a dejarnos algunas llamadas de atención, en su discurso, acerca de la encrucijada en que nos encontramos. Tal inquietud me permite expresar, a modo de prolongación, las mínimas y obligadas reflexiones sobre la Historia

y su relación con esta Real Academia, a las que aludí al comienzo de mi intervención. Veamos:

La Historia como necesidad

El andaluz, sevillano-cordobés, amigo de *Clío* nos ha manifestado su percepción preocupada ante “la furiosa iconoclastia arquitectónica, escultórica y callejeril que nos distrae y conturba”. Sabe bien que con ella se intenta borrar un pasado, acaso desagradable, para sustituirle por otro no menos deleznable, o por un conjunto de referencias vacuas en las que lo cursi linda demasiado con la supuesta progresía. Y ante ello, como mal menor, propone aprovechar la oportunidad para que se haga el merecido reconocimiento a alguno de los andaluces, que nos ha mostrado, en la locución que hemos oído, transitando por Madrid. Me temo que no habrá suerte.

En cualquier caso duele asistir a una recuperación esperpéntica y confrontativa del ayer, que me ha hecho recordar cuando, a lo largo de gran parte del XIX una de las primeras preocupaciones del personal municipal ante el constante vaivén político, revolucionario o contrarrevolucionario, era guardar rápidamente la placa en la que se leía *Plaza de la Constitución*, y ponerla a buen recaudo en algún discreto local concejil, para sacar otra con motivos y significados contrapuestos. Y al cabo de un periodo más o menos corto, había que realizar el viaje a la inversa. Claro que no siempre el alguacil de turno lograba darse la suficiente prisa y el martillo, descargando el odio cerril al otro, daba cuenta del testimonio marmóreo nominativo, incrementando los gastos del Ayuntamiento para la siguiente reposición. ¡Cosas que parecían superadas y se retoman por desgracia en condenables fastos demagógicos. ¡Perversos ejemplos tradicionales, traídos paradójicamente por quienes dicen renegar absolutamente de la tradición!

Más adelante, cerrando su discurso, en el que late en el doble impulso cordial su amor por Andalucía y por Madrid, nos ha pintado su preocupación por España en esta hora “muy grave para el ser y destino de nación tan vieja y esclarecida”. Y carga las tintas del desasosiego cuando añade la invocación nostálgica y atribulada “ojalá que sus dolientes y angustiados habitantes, frente a los infortunios y desventuras del tétrico hoy ...”, “... puedan seguir diciendo, como los andaluces de ayer, “siempre nos quedará Madrid”. Y si la capital es el símbolo del país, su deseo equivaldría a “... ojalá podamos seguir diciendo los españoles todos con un convencimiento que ahora parece amenazado ..., “siempre nos quedará España”

¿Qué relación tiene con la Historia esta hora difícil para nuestra Nación, contemplada con tristeza indisimulable por los más esclarecidos de nuestros compatriotas? Me atrevería a afirmar que la más importante, la fundamental, aquella sin la cual la encrucijada presente sería algo inconcebible. El desconocimiento y la manipulación del pasado constituyen la condición esencial, en mayor o menor grado, para llegar a la desorientación colectiva. Y, sólo desde ésta, se abre la vía de la indiferencia de unos y la emoción exacerbada y aberrante de otros. ¡Qué lejos queda el espíritu de aquel centenar de personas de primer orden trabajando la ilusión máxima a alta presión, como expresión solemne de su país!

Acaso nunca el valor del pasado haya sido menor que ahora. Un cúmulo de circunstancias de amplio espectro han conducido a esta situación. Somos lo que somos en función del valor de una herencia que acrecentamos, mantenemos, disminuimos o dilapidamos, pero que, en principio, aceptamos, con más o menos entusiasmo, según su valor. El ayer influye sobre el hoy y éste procura determinar el futuro. Cada individuo y cada sociedad aparecen sometidos, permítaseme la palabra, a una cierta “programación”, a través de la familia, la escuela y un extenso catálogo de instituciones. Esa formación se concebía en conexión con los tiempos y resultaba operativa y necesaria para la realización del sujeto individual o colectivo.

Cuando el esquema funciona genera confianza y épocas de estabilidad que, curiosamente, son aquellas en las cuales, por asentimiento general, se precisa una menor libertad personal; o, al menos, un menor ejercicio obligado de la misma. En tales periodos el pasado nos abre la puerta del futuro, sentido como mejor, y nos conduce dócilmente de su mano. No hay más que seguirla y mejorar desde sus certezas, aún con el inalienable componente relativo.

En nuestros días esto no sucede así. La programación (formación) que se ofrece no habilita al joven para el futuro, irrenunciable, e inalcanzable para la mayoría y, que además, aparece como no mejor que pasado y presente. El ser humano en el cruce de caminos de hoy se encuentra, como dice Sloterdijk, “subprogramado”, y ante él se abre un espacio desafiante para el cual debe buscar sus propias respuestas. Se ha roto en buena medida con lo anterior. El joven, en su orfandad, es forzosamente más libre que nunca. Pero ¿cómo usar esa libertad? Sin los cimientos sólidos de otrora el miedo le impulsa a comportamientos viscerales fuertemente radicalizados. No es fácil que acepte y ejerza su propia responsabilidad, porque ésta le remitiría a unos valores que rechaza por inútiles.

Igualmente ha perdido las pautas del saber, con la reflexión como instrumen-

to capital, y acoge como nuevos viejos discursos, tan ilusionantes, (ante la falta de otras ilusiones) como irracionales y de imposible realización.

Ahí es donde apoyo mi aseveración proclamando la grande y urgente necesidad de mejorar el conocimiento de nuestra historia. Como dije en otro momento, los esfuerzos por convertirla en un relato justificativo de cualquier aventura ideológica y el afán por someterla al relativismo total permiten su manipulación, al extremo de lo efectuado por los nacionalismos separatistas y, en otro orden, su negación impide la crítica del “novismo presentista”.

No es ésta ocasión para extenderme, pero me atrevería a decir que España no es tanto un país invertibrado, el tópico recurrente, como un país mal educado. Y para abordar ese problema, ya viejo, uno de los puntos de apoyo imprescindible es el conocimiento de su historia. No seré tan ingenuo de indicar que esto sea la panacea pero si que debe estar en la base de todo proyecto que pretende un futuro mejor.

Esta Real Academia de Doctores de España cuya razón de ser se halla en el servicio a la sociedad española, tiene, especialmente a través de su sección de Humanidades, la obligación de ayudar al tratamiento de las demandas del presente a través de la perspectiva histórico-crítica y, por ello, expresaba mi contento ante la incorporación del Dr. Cuenca.

Y concluyo

Como habrán podido comprobar, al escuchar la lectura de su discurso, el Dr. Cuenca expresa un halo de melancolía que acompaña de un lenguaje barroco, florido, con el regusto gongorino de la exuberancia formal, que sobrea abunda en su prosa llamativa. Ese culteranismo insólito y refulgente sorprende hoy, de manera especial, en unos momentos en que la riquísima lengua española se infrautiliza y reduce a unos pocos vocablos repetidos hasta la saciedad. Hay un regusto antañón, pero no anacrónico, en el léxico de nuestro nuevo compañero. Senesquista en el fondo y émulo, a la vez, de don Luis en la vestimenta del concepto, conjuga bien los dos grandes veneros del cordobesismo.

Y yo, historiador también, consciente del valor fundamental del lenguaje, aunque más amigo de don Francisco de Quevedo que de don Luis de Góngora, me he tomado atrevidamente algunas licencias para darte la bienvenida a esta casa que, desde hoy, es tuya, en propiedad compartida con cuantos formamos en sus filas, procurando seguir la sonoridad de tu discurso. No tengo la certeza de haberlo conseguido, pero sí de haberlo intentado.

En nombre de esta Real Academia de Doctores de España te deseo larga y fecunda presencia entre nosotros, en la confianza de que tus trabajos contribuirán a dar mayor esplendor a esta Corporación, rindiendo sus frutos a nuestra amada Patria.

He dicho.

